



Sección Sindical Metro de Madrid

Solidaridad ★ **Obrera**



La lucha es el único camino

XXII CERTAMEN DE RELATO BREVE RAIMUNDO ALONSO: UN METRO DE 350 PALABRAS

PRIMER PREMIO

I CHING

Herminia Dionis Piquero

Estaba justo enfrente, único pasajero de todo el vagón. Había subido en Sol y no había nadie más. Era el último tren de la noche.

- ¿De trabajar?

Esa cordialidad me sorprendió tanto como la figura del interlocutor que estiraba sus extremidades elegantemente. Le respondí con un gesto afirmativo de la cabeza. En realidad, estaba un poco espeso de un día demasiado largo y en muchas cosas desagradable.

- ¿Hay buenos contenedores en tu barrio? -preguntó.

- Mejores los de Plaza Castilla.

- No, demasiada barrita energética. Mucho pijo y demasiada limpieza de contenedores.

Asentí y entonces caí en la cuenta que esa bola de pelo, negra y blanca en igual proporción que me recordaba al I Ching animado, estaba hablando.

- En casa tengo latas de atún ¿te apetece? - me oí decirle.

- ¡Ya tardabas!

Eso fue hace tres meses, ahora es el dueño de mi nevera, de mi cama y hasta de mi novia.

SEGUNDO PREMIO

RIELES DE RECUERDOS

Laura María Fernández Díaz

Cada tarde, don Manuel descendía las escaleras del metro Pacífico con un ritmo pausado, casi ceremonial. Era su refugio de siempre. Se sentaba en el mismo banco y se dejaba envolver por el murmullo de la estación. Observaba los trenes ir y venir, cómo los pasajeros bajaban y subían, absortos en sus prisas cotidianas.

Pero, por encima de todo, don Manuel bajaba allí buscando un rostro. El de ella.

No importaba cuántos años hubieran pasado, su recuerdo seguía siendo nítido. Se conocieron en esa estación cuando ambos eran jóvenes, y desde el primer momento supo que no sería una más.

Ella reía con una espontaneidad que lo dejaba sin aliento y, cuando hablaba, el mundo a su alrededor se detenía. Se amaron con una pasión que lo había marcado para siempre. Pero un día, la vida se la llevó. Él nunca supo cómo, solo que la había perdido, que había dejado pasar ese tren sin darse cuenta.

A pesar de ello, cada día volvía al metro. Se sentaba en ese banco con la ilusión, siempre renovada, de que la encontraría entre la multitud. La esperanza lo mantenía firme en su espera.

Aquella tarde, una voz suave lo sacó de sus pensamientos.

- Manuel, cariño, vamos para casa. La cena se enfriá.

Don Manuel levantó la vista y la vio: el rostro que había buscado durante tanto tiempo, pero más cercano de lo que imaginaba. Era su esposa, la misma mujer que había estado a su lado toda su vida.

Pero él, atrapado en el laberinto de su mente confusa, no lo recordaba. Su memoria lo traicionaba, pero en ese momento, todo parecía encajar, como si el pasado y el presente se fundieran.

Se levantó, sin preguntas, y tomó su mano.

TERCER PREMIO

DEJEN SALIR ANTES DE ENTRAR

Fernando Méndez Germain

Puedo detectar por esa leve desaceleración que estamos aproximándonos a la estación.

Tomo mis posiciones. Empujo a esta señora, me cuelo entre esos dos imberbes hiperconectados a sus móviles, aparto a aquel anciano. Con una ligera finta y paso firme consigo, por fin, situarme frente a la puerta del vagón, en primera línea.

Estoy acostumbrado a ser el primero: soy un líder, un elegido. Nada que ver con esa turba de viajeros que se va apelotonando tras de mí, a la espera de mi licencia para salir. Nada que ver con esa señora de aspecto sudamericano y ojos cansados que mira, sin ver; con ese africano que porta esa enorme bolsa de deportes, probablemente repleta de quincalla para ofrecer por las terrazas de los bares; con ese ciudadano eslavo cuyas manos callosas delatan trabajo duro manual, y el libro que porta en ellas un probable pasado académico en su país de origen.

Delante de ellos, con la mano apoyada sobre el interruptor que abrirá la puerta, me constituyo en su guía, en su pastor. Seré yo quien abra las puertas del vagón y les permita regresar a sus hogares, a sus habitaciones compartidas en el suburbio, a las cocinas de seis metros cuadrados y aromas exóticos, quizá a una lata de cerveza comprada en los chinos y bebida en soledad en un parque antes de llegar a casa. Soy su liberador. Soy quien les concede esa gracia, ejerciendo de oficial de aduanas entre la miseria pasada y la pobreza del porvenir.

Llegamos a la estación y veo con espanto que hay un hombre al otro lado de la puerta, con la mano también apoyada en el botón de apertura. Quiere usurparme mi condición de caudillo de estas gentes. Me mira con aprensión, puedo ver que es un pobre diablo, un patético impostor sin carácter. Un perdedor con pretensiones.

La puerta se abre y el pasaje sale, precipitadamente. Nadie entra. No hay nadie del otro lado. Tardo solo unos segundos en comprender que aquel infeliz no era más que mi reflejo en el cristal.

CUARTO PREMIO

SOMBRA EN EL ÚLTIMO TREN

Sergio Oviedo Castillo

A las 2:03 de la madrugada del 18 de septiembre de 2021, Mireya abordó el último tren en La Latina, exhausta después de un largo día. El vagón estaba vacío, la quietud la envolvía, intensificando su sensación de soledad. En cuanto el tren arrancó, un frío antinatural invadió el aire, recorriéndole la espalda con un escalofrío. Los cristales de las ventanas se cubrían de una fina capa de escarcha, que se expandía en patrones caprichosos, como raíces extendiéndose por la oscuridad. El aire se volvió denso, casi irrespirable, y una voz en su cabeza le gritaba que huyera, pero el tren siguió su marcha.

Fue entonces cuando la vio. Al fondo del vagón, una figura alta y delgada, completamente negra, absorbía la luz como si despojara el entorno de ella. Sus ojos, enormes y morados, brillaban con una intensidad antinatural, fijos en Mireya, como estrellas muertas que la observaban.

Cada movimiento de la criatura dejaba tras de sí un rastro de partículas violetas, flotando en el aire como un veneno que se disolvía lentamente, y hacía parpadear las luces del vagón, que se sumía en sombras cada vez más densas. La criatura avanzaba con una fluidez espantosa, desapareciendo y reapareciendo entre las sombras, acercándose cada vez más. Sus brazos largos y delgados se extendían hacia ella, y el sonido metálico de sus dedos golpeando la barra del tren se volvía más penetrante, resonando en su pecho como un eco de amenaza.

Entonces, la criatura habló. No fue una voz humana, sino un sonido distorsionado, entrecortado, como una grabación rota reproducida en bucle. Cada palabra parecía arrastrarse y romperse en el aire, un eco de otro lugar, de otro tiempo, que rasgaba sus pensamientos. Mireya sintió cómo su mente se estremecía bajo la presión de ese ruido frío.

De repente, el tren llegó a la estación de Pirámides. El aire volvió a la normalidad, los cristales se despejaron, y el frío desapareció. Mireya salió al andén, el corazón desbocado, y miró hacia los túneles oscuros. Las sombras allí parecían esperar, como si algo, o alguien, aún la vigilara.

QUINTO PREMIO

CALOR

Mario Chaparro Vera

El calor de julio atraviesa las altas claraboyas del techo de la nave. El segundero del reloj parece que sigue el ritmo del sudor que se desliza por la frente de Javier. Fuera, la larga sombra rectangular del almacén se abrasa sobre el asfalto.

Al final de su jornada, intranquilo, abre su taquilla para cambiarse y chequea el móvil.

“Esta noche hablamos si o si”

Suelta el teléfono como si le quemara en la mano - Joder, ¿y qué hacemos? - se le escapa en voz alta, mientras Rachid le mira desde el otro lado del vestuario.

-¿Problemas?, ¿con Sonia?

-No. Bueno. De los dos. Da igual.

-Hablando se resuelven las cosas. -Rachid, con una sonrisa calmada.

Sofocado, llega hasta la boca de Metro de Canillejas. El vestíbulo y los andenes tampoco pueden escapar del aire candente, que está por todos los lados. Ya en el vagón medio vacío y fresco por el aire acondicionado, se relaja. “Si, hablando. Algo encontraremos”. El ruido monótono mientras está absorto en sus pensamientos se silencia cuando aparece la siguiente parada, “Colosseo”. Sale del tren, ya en la superficie, está en el centro de Roma, frente al circo romano, impresionado. Tras unos minutos observando, sigue su trayecto. En solo una parada llega a su destino, Times Square. Sale y recorre la plaza mirando hacia arriba, al rascacielos más alto. Quiere quedarse un rato, pero se le hace tarde para llegar a casa. Ya acomodado en su asiento, el tren sale a un tramo en superficie. Los edificios se extienden hasta donde le alcanza la vista. Los raíles cruzan Shibuya y pronto aparece la Bahía de Tokio. Alguien se sienta a su lado, rozandole. Abre los ojos. Desorientado, ve el cartel del andén: Aluche. Salta del vagón. Ha recorrido la línea 5 en un parpadeo. ¿Solo la línea 5?

Angustiado, camina hacia casa. Sonia ilusionada, pero las cuentas no salen. Javier se acuerda de la buena voluntad de su compañero Rachid. Pero esto no se podía arreglar hablando, otro largo verano en Madrid. Solo se podía arreglar soñando. Quizás el año que viene.